

Los 25 años del CD

A propósito del primer cuarto de siglo del disco compacto, el autor rinde homenaje al círculo multiusos de color plateado que alteró el curso de nuestras vidas en muchos sentidos. **TEXTO: ENRIQUE BLANC**

Si la memoria no me traiciona, el primer disco compacto que adquirí fue *Deep* del cantante británico Peter Murphy. Debió ser en el año 1990 porque apenas había sido lanzado al mercado. Era el momento en que el hoy célebre CD comenzaba a ganarle la batalla a los antiguos formatos para almacenar música, es decir, el 8-tracks, el acetato y el cassette, convirtiéndose a la postre en el favorito de propios y ajenos. Pero la consecución de su hegemonía no fue del todo fácil. De hecho, el CD había esperado varios años en la sombra el momento de su conquista, ya que, habiendo sido inventado en 1979, por las marcas Sony y Philips, hizo su debut en las tiendas el 17 de agosto de 1982.

Para los nacidos entre la década de los cincuenta y los sesenta, el CD fue una tecnología novedosa, sí, a la que nos resistimos en un principio, sobre todo por el amor

desarrollado hacia el elepé. Es esta generación la que ha atestiguado cómo las tecnologías para almacenar y reproducir sonido, música, evolucionaron de forma vertiginosa. Conocimos o tuvimos la oportunidad de ver en funcionamiento alguna añeja vicrola, una de esas a las que había que darles cuerda para que accionaran su motor.

Discutimos la llegada del transistor y la pérdida de calidad en el sonido ante el maravilloso bulbo; atestiguamos la sofisticación de pastillas y agujas y la llegada de tornamesas clásicas, como la Pioneer que luego se hizo imprescindible en los sistemas de sonido de las discotecas y en las mesas de trabajo de los dj de la época. Presenciamos cómo la cinta de carrete mutó en el 8-track y, posteriormente, en el cassette. Sufrimos ante el scratch de los long plays y las cintas mordisqueadas por el autoestéreo. Hicimos freesbees con aquellos discos



ILUSTRACIÓN: LEÓN BRAOJOS

de 45 r.p.m. e inclusive tuvimos en nuestras manos algún disco grueso de 78 revoluciones con el logotipo de RCA Victor: aquel manso dogo escuchando atento el sonido de un fonógrafo.

Uno y mil recuerdos que se desvanecieron con la llegada del CD, la primera tecnología que, entre otras virtudes, resistió de mejor manera el descuido de los usuarios; un objeto que también nos iría brindando nuevas posibilidades de uso, sobre todo frente al desarrollo de las computadoras y la subsiguiente proliferación de las laptops.

El pasado

El antecedente directo del CD fue aquel disco láser (LaserDisc en inglés) que se comercializó casi a la par del videocassette VHS. Se trataba de un disco del tamaño de un elepé que permitía reproducir imagen y que se empleaba en un aparato que irónicamente nunca pudo competir con las videocaseteras que acompañaron nuestras vidas durante muchos años, hasta la mutación del CD en DVD y su incuestionable apogeo en la segunda mitad de los noventa.

El primer título en ser presentado comercialmente en CD fue el disco *The Visitors* del empalagoso cuarteto sueco Abba, bastante popular al comienzo de los ochenta. Ese fue el origen del disco compacto que, tres años más tarde, aún en recia batalla contra el elepé, conseguiría vender, finalmente, millones de copias del disco *Brothers in Arms* del grupo británico Dire Straits, suceso que coincide con el auge que entonces tenía ya el canal de TV por cable dedicado a la música pop, MTV.

¿Pero qué hizo que no todos los jóvenes sucumbieran en un principio ante esta nueva tecnología? Seguramente el romanticismo que envolvía el uso y cuidado de los acetatos puede explicarlo. El ritual sublime de romper el celofán de su funda y percibir, sobre

todo en los discos importados que siempre exhibieron mucha mayor calidad que los nacionales –cosa que ya no sucede con los CD–, su inexplicable olor a ginebra, eso además de que la calidad de sonido siempre ha sido mejor en el acetato que en el CD.

No obstante, a la llegada de los noventa, el CD ya había derrotado a todos sus competidores, y eso sin contar la serie de sorpresas que nos iba a mostrar en lo sucesivo, como el hecho de poder grabarse domésticamente, de almacenar datos (CD-ROM) y no sólo canciones, e incluso imagen, a manera de DVD.

Si el elepé escribió páginas inolvidables en los sesenta, setenta y ochenta, convirtiéndose incluso en un pretexto para hacer arte en sus portadas, el CD simplificó las cosas y marcó la década de los noventa con su portabilidad y fácil manejo. Discos exitosos de la generación del rock alternativo, por decir algo, como *Nevermind* de Nirvana, los tenemos en la memoria en la forma de discos compactos.

Confieso que yo he sido una más de sus compulsivas víctimas y que, tras la adquisición de *Deep*, me dejé ir por una espiral de consumo en la que la necesidad jamás ha quedado satisfecha. En mi cabeza, sigue existiendo el deseo por sumar un título más a mi colección, aquél que, con toda alevosía, acaba de ser puesto en los exhibidores de las tiendas que se dedican a su venta.

Viviendo en Estados Unidos, en aquel entonces, el hacerse rápidamente de una vasta discografía en compactos –vaya, había que comprar incluso aquellos que uno ya tenía en acetatos– no fue nada difícil, sobre todo gracias a tantos clubes que ofrecían 12 títulos por un centavo de dólar. Así fue como sucumbí a una costumbre que aún hoy gobierna mi vida y que se resiste, como también lo hizo cuando el acetato encaraba su

extinción, a capitular ante el mp3, esa revolucionaria tecnología, a juicio personal, carente de toda identidad.

El futuro

Veinticinco años cumple el disco compacto, aún es sumamente joven y hay quienes ya le auguran un pronto final, sobre todo ahora con el auge de los iPods, las descargas en internet y los lectores de mp3 que presumen su don de ubicuidad a diestra y siniestra, modas a las que se han apegado, como es de suponerse, sobre todo, las nuevas generaciones.

Sin embargo, el CD permanece como el último formato para manipular música aún tangible y que ofrece, a la par del disfrute sonoro, un goce visual en el arte que lo acompaña, que es a su vez un referente del sonido, cosa que el mp3 ya no considera. Finalmente, al parecer, la evolución tecnológica ha llevado al hombre a almacenar música en la misma intangibilidad de su condición, es decir, en iconos gráficos de computadora que no podemos tocar, que son inasibles como las mismas notas musicales. Conceptos de carácter cibernético que parecen incluso desprovistos de los sentimientos que generan el tacto y la vista, experiencias aún vinculadas al culto de un disco compacto.

¿Sobrevivirá el CD? Creo que nadie podrá responder esa pregunta aún. Lo único que sí sabemos es que ha llegado a su primer cuarto de siglo algo desmejorado, aunque hayamos muchos que lo seguimos viendo vigoroso y rozagante tal como en los años que decidimos adoptarlo y comprometer nuestro futuro junto a él. ¡Happy birthday CD!

ENRIQUE BLANC

Guadalajara, Jalisco, 1961.
Narrador y periodista, autor de los libros de cuentos *No todos los ángeles caen del cielo* y *Cicatrices del bolero*.